

¿Aló?... ¿aló?

Sergio Vodanovic

Con un poco de buena voluntad, uno puede imaginar un sitio paradisiaco donde le gustaría pasar el resto de sus días. No se trata de ser exigente ni de pedir cosas sofisticadas. Bastaría, tan solo, un lugar donde se pudiera vivir dedicado cada cual a lo suyo sin la zozobra permanente de ser interrumpido, donde la relación con los demás fuera plena, directa, franca. Un lugar donde no hubiese motivo para la frustración ni menos para la exasperación. En resumen, un lugar donde llevar una vida natural y tranquila.

Por lo extraño que nos pueda parecer, ese lugar ideal era el mundo entero hace cien años, cuando al ingeniero norteamericano Alexander Graham Bell no se le había ocurrido inventar el teléfono. Pero en 1876, el odioso aparatito entró en escena y, desde entonces, el hombre no tuvo paz ni sosiego.

Este año, en honor al centenario del teléfono, las páginas de periódicos y revistas principian a ser invadidas de loas a Bell, al progreso que significó su invento y a eso que ingenuamente llaman la era de la comunicación que se inauguró hace un siglo. Ya es tiempo de que alguien, equipado de un mínimo de sensatez, exponga la otra cara de la medalla.

Porque lo que se inició hace un siglo, no fue la época de la comunicación, sino la era de la incomunicación, de la exasperación y de la frustración.

En otros felices y mejores tiempos existía esa institución de la amistad que era la visita. ¿Qué mejor demostración de afecto y de simpatía sincera que realizar el esfuerzo de desplazarse a la casa del amigo y entregarle horas de su tiempo? Y ya en contacto con él, nacía la charla en que la palabra rubricada por el gesto que no finge, la mirada a los ojos, el apretón de mano en cuya intensidad se medían afecto y comprensión.

Y, además de la charla, existía el silencio compartido que es la más sublime forma de comunicación y la sonrisa alentadora o la mano en el hombro del amigo en desgracia, que expresaba más que cualquier palabra de condolencia. Hoy pretendemos cultivar la amistad con el solo esfuerzo de discar un dial y queremos que la palabra sin rostro y sin gesto supla al contacto físico.

Fueron los ingleses quienes establecieron en su Carta Magna, la inviolabilidad del hogar. Después, todo país que se precia de civilizado incorporó esa garantía en su ley fundamental. Pero

ya sabemos que las leyes, como las mujeres, fueron hechas para ser violadas y, así, la ley y nuestro hogar es diariamente violentado por una campanilla que a uno lo despierta del sueño, le interrumpe la lectura o lo saca del baño, para encontrarse al descolgar el auricular una voz que confiadamente le dice: "¿Qué hubo? ¿Qué has hecho? ¿Qué más?"

El hogar

Y de la intimidad del hogar, vamos a la paz del mismo. ¿Cuántas batallas campales se han iniciado en el seno de una familia honrada, cuántos desagradados y malquerencias generados exclusivamente en la disputa por el uso del teléfono? El cuadro es ya un lugar común: La hija adolescente, tendida en el suelo, habla de lo humano y lo divino con el chino amigo; la esposa que desea enterarse del último chisme del vecindario y, lógicamente, transmitirlo inmediatamente; la muchacha del servicio que cuadra laboriosamente su cita semanal con el pretendiente de turno y uno, el jefe del hogar, que se mesa los cabellos esperando turno para hablar de lo que verdaderamente es importante y trascendental: comentar con el amigo que asistió al Campin si fue o no fue penalty la falta que le cobraron al Santa Fe en el juego del domingo.

Cuando se oye hablar metafísicamente de la frustración del hombre contemporáneo, pocos han reparado que la mentada frustración está íntimamente ligada al uso del teléfono. ¿Puede existir una imagen mayor de frustración que la de un buen ciudadano tratando infructuosamente que le conteste el 01 o el 09? ¿O la de aquel otro individuo, en la fila del teléfono público y con su moneda de veinte centavos en la mano, que se come las uñas oyendo cómo la ocasional usuaria del teléfono inquiriere desaprensivamente, uno a uno, por el estado de salud de su numerosa parentela?

Así como en la antigüedad se enterraba a los guerreros con sus trofeos y sus pertenencias predilectas, yo propongo que este año de celebración del centenario del teléfono, y haciendo uso de todos los adelantos tecnológicos que se han alcanzado desde entonces, en la tumba del genial inventor Bell se instale un teléfono con conexión directa con el cielo. Así, el sabio ingeniero podría recibir las congratulaciones de la humanidad, minuto a minuto. Sería esa la mejor revancha que los hombres de este siglo invadido por el teléfono, podríamos tomarnos.

Y perdonen ustedes, si termino esta croniquilla apresuradamente.

Me están llamando por teléfono. □

Un teléfono para cada 10 bogotanos

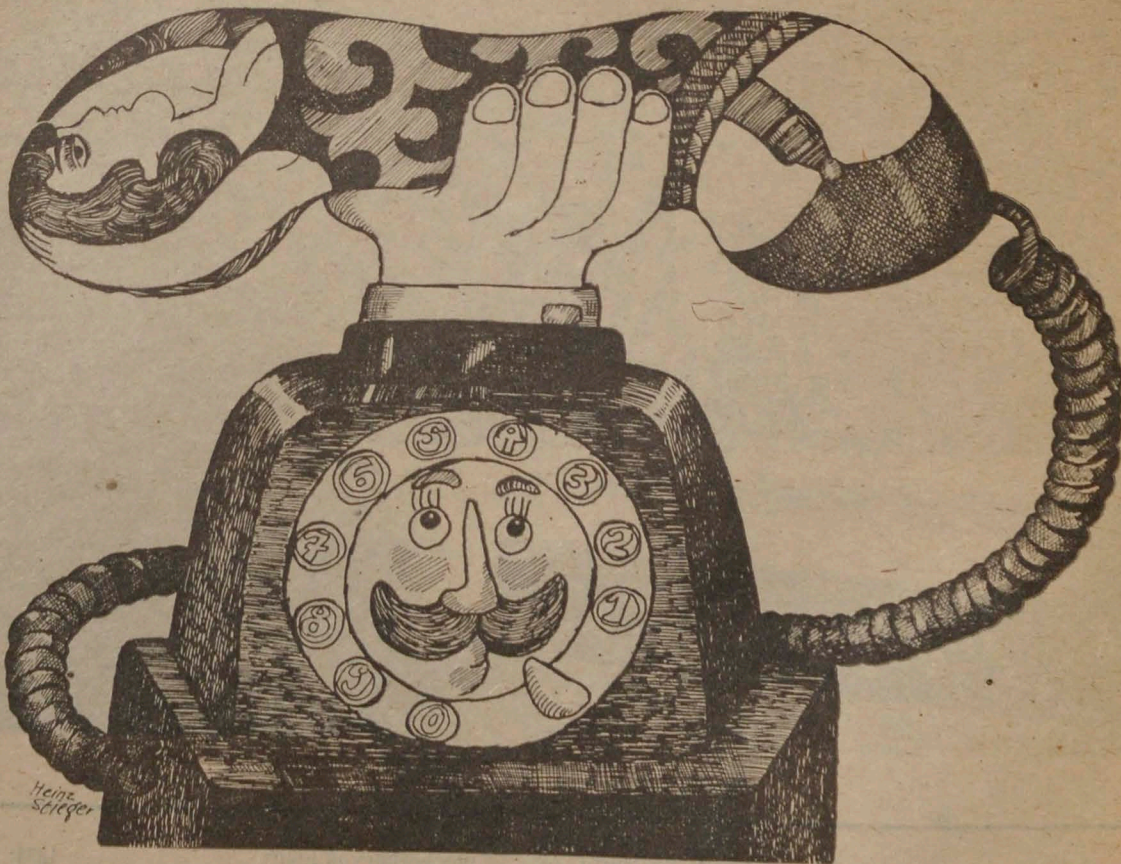
Bogotá, se dice, es una de las ciudades privilegiadas de América Latina en cuanto a telefonía se refiere: existen 10.2 líneas por cada cien habitantes. Sin embargo, en los archivos de la Empresa de Teléfonos de Bogotá, hay 63 mil solicitudes de nuevos aparatos que no han podido ser atendidas por falta de cupo en las centrales. El gerente de la entidad, Emilio Saravía Bravo, explica que solo un treinta por ciento de esas solicitudes podrá hacerse efectivo. Las restantes serán anuladas.

Las autoridades consideran que el bogotano abusa del teléfono. Y sin embargo, el promedio de las llamadas que se efectúan en la capital es de dos minutos y medio. Las cifras engañan fácilmente.

Actualmente, existen 400.000 líneas en planta, lo que significa que son 370 mil los abonados capitalinos. En 1976, serán puestas al servicio 40 mil nuevas líneas mientras que, al terminar el decenio, la cifra total llegará a 637 mil.

Hoy, en Bogotá, existen 24 centrales que agrupan la totalidad de líneas, por grupos de diez mil. La capacidad de los equipos se reduce, empero, a que solo pueden efectuarse 1.200 llamadas simultáneas por central, lo que explica que, en horas pico o de congestión, el abonado se ve en la obligación de marcar repetidas veces un número antes de obtener la comunicación deseada.

El sistema actual es electromecánico. Los computadores enrutan las llamadas, mientras los contadores las registran. Existe un contador por abonado y, como lo recalcan los técnicos, las llamadas que no logran comunicación no son válidas. Equivale a decir que solamente paga quien solicita el número —y no el que recibe la llamada— y únicamente después de que el segundo abonado ha contestado. En ese momento, comienza a operar el contador.



Cada mes, la lectura del contador es fotografiada e interpretada en las dependencias de la Empresa de Teléfonos. La información es perforada y pasa al computador. Este saca un listado y produce las facturas que los abonados reciben.

El error en la facturación ocurre en el momento en que las tarjetas son perforadas, por cuanto es un trabajo manual. De todos modos, manifiesta Emilio Saravía, se lleva un control permanente y los computado-

res son verificados cuando se formulan reclamos. En algunos casos, se coloca un telefonógrafo o aparato que registra durante un mes el tráfico de un teléfono determinado. "Pueden ocurrir errores, pues la empresa envía mensualmente más de 360 mil facturas, dice Saravía. Sin embargo, a menudo es el abonado quien se equivoca en sus cálculos y son muchos los que están convencidos de no haber usado el teléfono y se olvidan de que los familiares pueden ser locuaces". G.M. □